

## Lo que queda enterrado, de Carmen Martín Gaité

La niña se había muerto en enero. Aquel mismo año, al empezar los calores, reñíamos mucho Lorenzo y yo, por los nervios, decíamos. Siempre estábamos hablando de nervios, de los míos sobre todo, y era un término tan inconcreto que me excitaba más.

—Estás nerviosa —decía Lorenzo—. Cada día estás más nerviosa. Date cuenta, mujer.

A veces se marchaba a la calle; otras se sentaba junto a mí y me pasaba la mano por el pelo. Me dejaba llorar un rato. Pero el malestar casi nunca desaparecía.

Es muy curioso que no consiga recordar, por mucho que me esfuerce, ni uno solo de los argumentos que se trataban en aquellas discusiones interminables. Tan vacías eran, tan inertes. En cambio puedo reconstruir perfectamente algunas de nuestras actitudes o posturas, el dibujo que hacía la persiana en el techo.

También discutíamos en la calle. Principalmente en la terraza de un bar que estaba cerca de casa, donde yo solía ir a sentarme para esperarle, cuando salía de su última clase. Venía cansado y casi nunca tenía ganas de hablar. Fumaba. Mirábamos la gente. La calle, anocheciendo, tenía en esos primeros días de verano un significado especial. Miraba yo la luz de las ventanas abiertas, las letras de la farmacia, los bultos oscuros de las mujeres alineadas en sillas al borde de la acera, de cara a sus porterías respectivas, y seguía los esguinces que hacían los niños correteando por delante de ellas, por detrás, alrededor. Pasaban pocos coches por aquel trecho y había siempre muchos niños jugando. Arrancaban a correr, cruzaban la calle entre risas. También a ratos descansaban junto a las delgadas acacias del paseo, con las cabezas juntas, inclinadas a mirar minúsculos objetos que se enseñaban unos a otros. Me parecía que los conocía a todos y sabía sus nombres, que había estado en sus casas. A veces me daba por imaginar, no sé por qué, lo que harían con ellos si viniese una guerra; dónde los esconderían. Chillaban, parecían multiplicarse. Lorenzo abría el periódico y yo, de cuando en cuando, le echaba un vistazo a los titulares. «Una barriada de 400 viviendas.» «Peregrinación juvenil.» «Nuevo embajador británico.» No lo podía soportar. Detrás de un silencio así, sin motivo, estallaba la riña. No le podía decir que me irritaba que leyese el periódico. Nos habíamos reído tantas veces de los matrimonios de los chistes. Me empezaba a quejar de soledad, de cualquier cosa, ya no recuerdo. Todo lo mezclaba: iba formando un alud confuso con mis palabras y bajo él me sentía aplastada e indefensa.

—No se sabe qué hacer contigo, mujer, qué palabra decirte —se dolía Lorenzo—. Contrólate, por Dios. No hay derecho a ser así, como tú eres ahora, a estarte compadeciendo y analizando durante todo el día. Lee, busca un quehacer, no sé... No puedes estar viviendo en función de mí; tú tienes tu vida propia. Te la estás deshaciendo y amargando.

De la niña no habíamos vuelto a hablar nunca, ni hablábamos tampoco del nuevo embarazo. A veces me preguntaba él: «¿Qué tal te encuentras hoy?», y yo le contestaba que muy bien — porque en realidad de salud estaba muy bien—; pero no decíamos nada más ni él ni yo, procurábamos cambiar de tema, y pienso que era por miedo.

Lorenzo tenía mucho trabajo aquel verano. Se había quedado más delgado.

—Yo no puedo cuidar de ti —me decía—. Ya sabes todo el trabajo que tengo. Pero vete a ver a tu hermana. O llámala más. No estés siempre sola.

A mi hermana no me gustaba llamarla. Se eternizaba al teléfono, se ponía a darme consejos de todas clases. Después de su cuarto hijo, se había convertido en un ser completamente pasivo y rutinario, cargado de sentido común, irradiando experiencia. No me daba la menor compañía y evitaba verla. Ella, que creía entender siempre todo, achacaba mi despego a la desgracia reciente, de la que hablaba con una volubilidad de mujer optimista.

—Te cansarás de tener hijos —decía—. Te pasará lo que a mí. Y a aquélla la tendrás siempre en el cielo, rezando por sus hermanos. Un ángel, velando por la familia.

Y este sentido egoísta de querer sacar provecho y consuelo de lo más oscuro, era precisamente la cosa que más me rebelaba. Era terrible, disparatado lo que había ocurrido, y ella, con sus adobos, lo hacía más siniestro todavía.

Sin embargo, y a pesar de no tener ningún objeto, algunas tardes, durante la hora de la siesta, la inercia de otras veces me condenaba a telefonar a mi hermana, la pura indecisión que me llevaba de una habitación a otra. Le explicaba, por ejemplo, la pereza que me estaba dando de empezar a meter la ropa de invierno en naftalina; y ella corroboraba y alentaba mi apatía, manifestando una pasmosa solidaridad con mis sensaciones. No sabíamos si emplear los sacos de papel o comprar otros de plástico. Los del año anterior se habían roto un poco.

—Lo peor es cepillararlo todo, chica. Eso es lo peor. Tenerlo que sacar para que se airee. Yo llevo tres días intentando ponerme con ello, y no encuentro momento bueno.

—Lo mismo que yo. Igualito.

—Si quieres que vaya a ayudarte una de estas mañanas.

Pero yo daba largas, ponía un pretexto. Cuando colgaba el teléfono, después de hablar con mi hermana, tenía la lengua pastosa como si fuera a vomitar, y me aburrían el doble que antes los problemas de la polilla y similares, en los cuales me habían mostrado absolutamente de acuerdo con ella y respaldada por su testimonio.

A partir de las cinco empezaban a oírse los golpes de los albañiles que trabajaban en la casa de al lado. Solamente después de estos golpes —eran como una extraña señal— conseguía dormirme algunas veces, y ellos me espantaban el miedo, cuando lo tenía. Me entraban unos miedos irracionales y furibundos, mucho más que de noche. Me parecía que la niña no se había muerto, que estaba guardada en el armario del cuarto de la plancha, donde crecía a escondidas, amarillenta, y que iba a salir a mi encuentro por el pasillo, con las uñas despegadas. Eran lo peor, las siestas. Pasaba todo el tiempo decidiendo pequeños quehaceres que inmediatamente se me hacían borrosos e inútiles, tumbándome en la cama y volviéndome a levantar, empezando libros distintos, dejando resbalar los ojos por las paredes y los muebles.

Una de estas tardes, inesperadamente, fue cuando me quedé dormida y soñé con Ramón.

Yo iba de prisa por una calle muy larga, llena de gente, y lo vislumbré, en la acera del otro lado, medio escondido en un grupo que corría. Llevaba barba de varios días, el pelo revuelto, y eran sus ropas descuidadas y grandes como si se las hubiera quitado a otra persona. Pero lo reconocía. Se separó de los demás y quedamos uno enfrente del otro, con la calzada en medio, por la cual no circulaban coches, y sí, en cambio, muchas personas apresuradas y gesticulantes. A través de los claros que dejaban estas personas, nos miramos un rato fijamente, los dos muy quietos, como para asegurarnos, y él parecía una estatua con ojos de cristal. La gente empezó a aglomerarse y a correr gritando, como si huyeran de algún peligro, y retrocedí a apoyarme en la pared para que no me arrastraran con ellos. Durante un rato muy largo tuve miedo de que me aplastaran. «¿Se habrá ido?» —pensaba entretanto, sin moverme, porque no me lo dejaban ver—. Pero cuando todo quedó solitario, él estaba todavía enfrente y se había hecho de noche. Estaban encendidos unos faroles altos de luz verdosa. Cruzó despacio por la calzada. Acababa de pasar una gran guerra, una gran destrucción: había cascos rotos y trozos de alambradas y metralla. Llegó a mi lado y dijo: «Por fin te vuelvo a ver.» Y era como si aquella guerra desconocida de la que había restos en la calle, hubiera servido para que nosotros volviéramos a vernos. No le pregunté nada. Me cogió del brazo y echamos a andar. Se oían canciones que venían del final de la calle, y me dijo él que allí había un puerto con barcos anclados, a punto de zarpar. «Vamos de prisa, no se nos vaya a escapar el último» —apremió—. Íbamos, pues, hacia aquel puerto, los dos juntos, en línea recta, sin ninguna vacilación. Sonaban nuestros pasos en la calle.

De pronto ocurrió algo extraño. Fue, tal vez, un crujido en el suelo de la habitación. Yo seguía con los ojos cerrados, pero supe que estaba soñando. Las pisadas perdieron consistencia, todo iba a desaparecer. Sin embargo, me quise comportar como si no supiera nada. «Dime dónde has estado estos años. Dime dónde vives» —le pedí con prisa a Ramón, apretándome fuertemente contra su costado—. Y todavía lo veía, lo sentía conmigo. Dijo algo que no entendí. La calle se estrechaba tanto que por algunos sitios rozábamos las paredes, y ya no había faroles. La noche era ahora absolutamente oscura. Delante de nuestros ojos, igual que asomadas al sumidero de un embudo, temblaban en pequeños racimos las luces de aquel puerto desconocido, que en vez de acercarse, se alejaban. «Si nos da tiempo de llegar a lo iluminado pensaba yo con un deseo ardiente, entonces todo será verdad. Allí hay gente. Seguro. Nos perderemos entre la gente.» Pero la calle era muy larga. Y tan irreal. Ya no había calle siquiera. Solamente chispas de colores dentro de mis ojos, aún cerrados, Ramón, nada. Me moví. La almohada estaba húmeda debajo de mi nuca. Una mano me tocó la frente. El aliento de Lorenzo.

—Dormilona. ¿Sabes qué hora es?

Cualquier hora. No sabía. Sólo pensaba que se habla ido el último barco.

—¿Hace mucho rato que estás ahí? —le pregunté, a mi vez, sin abrir todavía los ojos.

—Nada. Acabo de entrar. No sabía si despertarte. Pero son las nueve, guapa. No vas a dormir a la noche.

Me incorporé. Me froté los ojos. Estaba dada la luz del pasillo.

—¿Las nueve? Entonces, ¿no he ido a buscarte?

—No, claro —se reía—. Vaya modorra que tienes, hija.

—¿Me has estado esperando?

—Sí, pero no importa. Tienes mucho calor aquí, mujer.

Le miré, por fin, en el momento en que avanzaba para levantar la persiana. Entró un piar de vencejos, una claridad última de día.

—Ni siquiera he bajado a comprar cosas para la cena. No sé qué me ha pasado —me disculpé.

—Bueno, que más da. Bajamos a comer un bocadillo.

Me fui a lavar la cara. El sueño no se me despegaba de encima. No era un peso todavía, era una luz. Me movía dentro de aquella luz, en la estela que el sueño había dejado.

—¿Tienes dinero?

—No. Coge tú.

Bajamos la escalera. Era un sábado y los bares estaban llenos de gente. Miramos dos o tres desde la puerta. y a Lorenzo ninguno le gustaba. Por fin decidió quedarse en el más incómodo y aglomerado.

—Total, para un bocadillo —dijo.

Yo no decía nada. Nos sentamos. Había muchos novios comiendo gambas a la plancha, mirándose a los ojos cuando se rozaban los dedos al limpiarse en la servilleta. Me empezó a entrar el malestar.

—Estás dormida todavía. ¿Por qué no te tomas primero un café?

—Bueno.

—Y eso que no, porque te va a quitar el sueño.

—Claro, es verdad.

—Pero, ¿qué te pasa?

El camarero estaba parado delante de nosotros.

—Nada, no me pasa nada. Voy a tomar lo que tomes tú.

Pedimos dos bocadillos con cerveza y estuvimos en silencio hasta que nos los trajeron. Me acuerdo del trabajo que me costaba masticar y que no era capaz de apartar los ojos de un punto fijo de la calle.

—Oye —dije por fin a Lorenzo—; ¿sabes lo que me gustaría? Volver a Zamora. Pero contigo. ¿No te gustaría?

Él no contestó directamente. Se puso a decir que ya se había enterado seguro de que le era imposible tomarse ni tres días de vacaciones por la preparación intensiva de la academia. Tenía una voz átona y se pasaba la mano por los ojos. Había dejado las gafas sobre la mesa, junto al bocadillo, aún sin empezar.

—Estoy más cansado —dijo.

—Pero come, hombre.

—Ahora comeré. Lo siento por ti, lo de no poder ir unos días a algún sitio. Por ti lo siento más que por mí; me lo puedes creer. ¿Por qué no te vas tú donde vaya tu hermana? ¿O no salen ellos?

—No sé nada. Pero si además, da igual.

Lorenzo se puso a comer. Sólo después de un rato se acordó de mi sugerencia del principio. Se me quedó mirando.

—Oye, ¿qué decías tú de Zamora? Algo has dicho.

—Nada, me estaba acordando, no sé por qué, de lo bien que se estaba allí en el río. Me gustaría que fuéramos juntos alguna vez para enseñarte los sitios que más quiero. Hay un parque pequeño al lado de la Catedral..., ¡qué cosa es aquel parque, si vieras!

—A lo mejor ahora, después de los años, ya no te gustaba.

—A lo mejor. Pero tú, ¿no tienes curiosidad por conocerlo? Eso es lo que me extraña, con tanto como te hablo siempre.

En el rostro de Lorenzo no se reflejaba la menor emoción.

—A ti te gusta Zamora porque has pasado un tiempo allí —dijo con la misma voz sin matices—, pero no tiene sentido que yo intente compartir esos recuerdos y nunca me los podría incorporar. En cuanto a Zamora en sí misma, no creo que tenga gran interés. Ya sabes que a mí me angustian las pequeñas ciudades muertas.

Nos pusimos a discutir sobre si Zamora era o no una ciudad muerta, y hasta qué punto era lícito aplicarle este concepto de muerte a las ciudades. Yo me acordaba de los muchachos que bajaban en bicicleta a las choperas, de la huerta de tía Luisa, de las Navidades, cuando esperábamos con emoción la vuelta de los amigos que habían ido a estudiar a Salamanca, a la Universidad.. Ramón se quedó allí todo un verano después de conocerme, casi sin dinero, sin escribir a sus padres. Decía que Zamora era la ciudad más alegre del mundo, y no se quería ir. Nos bañábamos en el Duero. Yo tenía diecisiete años. Nunca lo volví a ver.

La discusión con Lorenzo que ya se había iniciado floja, languideció completamente y, tras un silencio, volvimos a casa.

Al llegar al portal, vino el cartero con el correo. A mí nunca me escribe nadie, pero ese día tenía una carta sin remitente, y traía mi nombre de soltera escrito a mano en una caligrafía que me parecía recordar. En el ascensor, tanta era mi zozobra, que no hacía más que apretar el sobre contra el pecho, sin abrirlo.

— ¿Quién te escribe? —preguntó Lorenzo—. ¿Esperabas carta de alguien?

—No, de nadie —me apresuré a decir—, por eso me extraña.

Y en un acto de valor, rasgué el sobre. Era una cartulina de una modista mía antigua, anunciando que se había cambiado de domicilio. Me temblaban un poco los dedos al alargársela a Lorenzo que me estaba mirando.

Él se quiso acostar pronto aquella noche porque estaba cansado, y yo me quedé asomada al balcón. Vino a darme las buenas noches con el pijama puesto.

—¿No te acuestas tú?

—Todavía no.

—¿Vas a tardar mucho? Yo es que me caigo, oye.

—Ya veré. Ahora no tengo sueño.

Abajo, en el bulevar, los novios tardíos venían abrazados del barrio de los desmontes. Traían un ritmo inconfundible, lentísimo.

—Bueno, entonces no te parece mal que me acueste.

—¿Por qué, hombre? Claro que no.

—Pero tú lee un poco o haz algo, mujer. No te quedes ahí pasmada mirando, que luego te entran las melancolías.

—Bueno.

Se metió, después de haberme besado, y casi en seguida volvió. Me asusté un poco.

—Tonta, si soy yo. Quién va a ser.

—No sé. Nadie.

—Que digo, oye, que tú puedes ir a Zamora o adonde quieras. Lo estaba pensando. A lo mejor te gusta volver sola allí. Tendrás amigos.

Me tenía cogida por los hombros. El sueño truncado, desde que había vuelto a casa, me estaba asaltando como una basca; lo tenía muerto en la entrada de la garganta. Me decidí a libertarme de él.

—No —dije con la voz más normal que supe—; no tengo ya amigos. Si además, fíjate, el recuerdo de Zamora me ha venido esta tarde por una tontería, por un sueño que he tenido en la siesta.

—Qué molestos son los sueños de la siesta —dijo Lorenzo—. Dejan un dolor de cabeza. A mí por eso no me gusta dormir siesta. Por la noche nunca sueño nada. Se descansa mejor.

Me iba a callar definitivamente, pero seguía necesitando decir el nombre de Ramón, para que perdiera aquel hechizo absurdo. Necesitaba decirlo fuerte y casi con risa, como si tirara piedras contra un cristal.

—Pues yo hoy he soñado con un chico que conocí allí, en Zamora. Aquel tal Ramón, uno medio chiflado que me hacía versos, ¿no te acuerdas que te he contado cosas de él?

Lorenzo se dio una palmada en la cara y separó pegado en la mano un mosquito muerto. Sonreía.

—No sé —dijo—, no me acuerdo.

Y luego bostezó. Pero, al mirarme, debió ver en mis ojos la ansiedad que tenía por oírle responder otra cosa, porque rectificó, con un tono amable:

—Ah, sí mujer, ya me acuerdo de quién era ése. Una que construía cometas.

—¿Cometas? Por Dios, si éste era el primo Ernesto, qué tendrá que ver. ¿Ves por lo que me da rabia contarte nunca nada? Lo oyes como quien oye llover, estás en la luna. De Ernesto te he hablado mil veces, ¿es posible que no te importe nada lo que te cuento? ¿Ves cómo es verdad lo que te decía ayer?...

Casi estaba al borde de las lágrimas.

—No empecemos, María —cortó Lorenzo con voz dura—. No tienes motivo de empezar a hacerte la víctima porque haya confundido a dos de tus amigos de la infancia a los que no conozco, y que carecen de importancia para mí, como comprenderás.

Hubo una pequeña pausa. Se había levantado algo de fresco. Yo miraba tercamente las luces del bulevar.

—Bueno, mona, me meto —dijo Lorenzo después, esforzándose por volver a tener una voz dulce y atenta—, no me vaya a enfriar. ¿No te pones una chaqueta tú?

—No. No tengo frío.

—Pues buenas noches.

—Adiós.

Me quedé mucho rato asomada. Se empezó a quedar sola la calle. De vez en cuando alguien llamaba al sereno con palmadas, y él cruzaba de una acera a otra, corriendo, con su blusón y su palo, entre los coches velocísimos. La luna, que se incubó roja detrás de un barrio barato en construcción, había subido a plantarse en lo alto, manchada, difusa, y parecía que, en el esfuerzo por irse aclarando, se desangraba y hacía más denso el vaho sofocante que empañaba su brillo. Me sentía desmoronar, diluir. Igual que si la luna desprendiera un gas corrosivo. Pero no quería dejar de mirarla. De codos en su ventana, al otro lado del paseo, también había una

chica que alzaba sus ojos a la luna, y creo que me había descubierto a mí. En el interior de la habitación había luz, pero debía estar sola. Estuvimos mucho tiempo; ella se metió primero y apagó. En el bulevar las motos ametrallaban con sus escapes.

Cuando me acosté eran casi las dos y sabía muy bien que no iba a dormir. No había hecho caso a Lorenzo; no había leído una línea ni había tenido un solo pensamiento organizado, constructivo. Me debatía, encerrada en vaguedades.

Varias veces me levanté de mi cama a la de Lorenzo, que apenas se había movido cuando entré, y allí sentada sobre la alfombra de su lado, mirándole dormir, luchaba entre el deseo de despertarle y la certeza de que sería inútil para los dos. Le cogí, por fin, una mano; se la estuve besando, y él, sin despertarse, me acarició, la puso de soporte para mi cabeza. Solamente hizo un gesto de impaciencia cuando empezó a notarse el brazo mojado por mis lágrimas.

—Pero, mujer, ¿ya estamos?, ¿ya estamos?, ¿qué te ocurre, por favor? —repetía con una voz pastosa, de borracho.

Se volvió a dormir, de bruces hacia la ventana.

Entonces me asaltó una furia especial, un deseo de salir, de rasgar, de librarme de todo. Me tumbé en la cama, boca arriba, con los ojos abiertos, y el recuerdo del sueño de la siesta me empezó a caer gota a gota, potente y luminoso, sin que intentara ahuyentarlo. Al principio era un gran aliciente intentar reconstruirlo, irle añadiendo fragmentos nuevos; y cerraba los ojos con la esperanza rabiosa de meterme otra vez por aquella calle de los faroles a recobrar la compañía de mi amigo, camino de aquel barco que escapaba. Pero lo que quería era llegar, seguir el sueño. A ratos, de tanto intentarlo, la calle reaparecía, me colaba en ella por no sé qué ranura, y me volvía a ver del brazo de Ramón, pero todo estaba quieto, tenía una luz falsa de escenario. Solamente a la fuerza conseguía mover las figuras, que repetían exactamente el pequeño argumento y después se paraban como si no tuvieran más cuerda. Al final, las imágenes habían perdido todo polvillo de luz. Me di por vencida.

No sé cuántas veces me volví a levantar y a asomar al balcón. Contra la madrugada ya era incapaz de aguantar en casa, y había tomado mi decisión de salir en cuanto abrieran los portales. Me vestí sin que Lorenzo se despertara. Era domingo. Él no tenía prisa de levantarse; seguramente dormiría hasta mediodía. Podía yo, incluso, tomar un tren de los que salen temprano a cercanías y tal vez volver antes de que se hubiera levantado él. ¡Dios, pasarme un rato echada entre los pinos, no acordarme de nadie ni de nada, salirme del tiempo! Esta idea, que me vino ya en la calle, después de haber deambulado sin rumbo, se afianzó en mí, apenas nacida, y me llevó en línea a la estación del Norte, donde ya bullía alrededor de las ocho el hormigueo de las familias con niños y fiambreras, que se agrupaban alborotadamente para coger los trenes primeros. Me dejé ir entre ellos. Algunos todavía tenían sueño y se sentaban un momento, mirando el andén sin verlo, entre los bultos dispersos, mientras los otros cogían el billete. Presentaban un aspecto contradictorio con sus ojos adormilados bajo las viseras, los pañuelos de colorines.

Iba a ser un día de mucho calor. Todavía en el bar, junto a algunos de estos excursionistas, antes de tomar un tren que me iba a llevar no sabía dónde, y sin haberme decidido del todo, me acordaba de Lorenzo, de si no habría sido mejor avisarle por si acaso tardaba en volver; imaginaba su despertar sudoroso. Pero en cuanto me subí al tren y se puso en marcha, en cuanto me asomé a la ventanilla y me empezó a pegar el aire en la cara, se me borró todo pensamiento, me desligué.

Hice todo el viaje asomada a la ventanilla. Había tomado billete para el primer pueblecito donde el tren se detenía, pero seguí más allá. El revisor ya había pasado y me resultaba muy excitante continuar sin tener billete, desnuda de todo proyecto y responsabilidad. El tren corría alegremente. Algunos de los excursionistas habían empezado a cantar. Yo cerraba los ojos contra mi antebrazo. En un cierto momento, una señora me preguntó que si sabía cuánto faltaba para Cercedilla.

—No lo sé —contesté—, pero ya nos lo dirán.

—Ah, usted va también a Cercedilla.

Y le contesté que sí, como podía haberle contestado que no. Pero de esta manera me sentí comprometida a apearme en ese sitio y no en otro, y de esta manera vine a pasar en Cercedilla aquel domingo de junio.

No me puedo explicar cómo se me pasó el día tan de prisa. Por la mañana, encontré un pinar que me gustó y me adentré, trepando a lo más solitario. Desde allí veía tejados de chalets y oía risas de personas que estaban lejos, más abajo. Me quedé dormida con un ruido de pájaros sobre la cabeza.

Desperté a las tres de la tarde y bajé al pueblo. Vagamente volví a pensar en Lorenzo, pero ya no tenía intención de volver hasta la noche. Estaba alegre y sentía una gran paz. Las calles del pueblo estaban casi desiertas; los que venían en el tren a pasar el domingo habrían buscado, sin duda, para comerse sus tortillas, rincones apartados y sombríos que ya conocerían de otras veces. Pasé por una calle pequeña a la sombra de grandes árboles, donde daban las traseras de muchos jardines de chalets ricos. No se oía un ruido. No se veía a nadie. Sólo chorreaba una fuente. Me senté allí un rato, en una piedra que había, mirando asomar madreselvas por encima de una verja alta que tenía enfrente. Me gustaba estar allí. En parajes semejantes a éste había yo situado los cuentos de mi infancia.

Cuando me entró apetito eran más de las cuatro, y en los cafés del pueblo ya no daban comidas calientes. Pedí un bocadillo y un refresco en la terraza de un hotel de media categoría. En una mesa cercana había dos señoras y una chica como de diecisiete años, vestida de negro. Hablaban las señoras de la muerte del padre de la chica, hermano también de la más sentenciosa de ellas dos, mujer refranera. La otra escuchaba y suspiraba con mucha compasión, mientras que la chica, de la cual hablaban como de un objeto, sin el menor cuidado de herirla, miraba a lo lejos con una mirada tristísima, las manos cruzadas sobre la falda negra, sin intervenir. Supe la situación económica tan precaria en que se había quedado y me enteré de vicios de su padre. Una vez se cruzaron sus ojos con los míos. Yo ya había acabado de comer y pensaba dar un largo paseo. No me hubiera importado llevármela de compañera aquella tarde, y me daba pena levantarme y dejarla con su tía y la otra; condenada a aquella conversación de recuerdos y reflexiones sobre el muerto. Más allá, junto a la barandilla que daba a la carretera, un chico de pantalones vaqueros ensayaba gestos de hombre interesante, delante de un libro que tenía abierto sobre la mesa. Pero no lo leía. Echaba bocanadas de humo, cruzaba las piernas y las descruzaba, y, sobre todo, me miraba sin cesar, primero disimuladamente, luego ya de plano. Hasta que se levantó y vino a apoyarse en mi mesa.

—Oye —dijo con aire desenvuelto—. Para qué vamos a andar con presentaciones. Yo vivo en este hotel y me aburro mucho. ¿Tú has venido a veranear aquí también?

—No. Estoy de paso.

Se rio. Tenía pinta de estudiante de primero de carrera.

—No lo digas tan seria, mujer. Sólo quería preguntarte por las buenas si te gusta estar sola o prefieres que me pase yo la tarde contigo. Si me dices que sola, pues tan amigos; pero si me dices que conmigo, más, y además me haces un favor. Te puedo enseñar muchos sitios bonitos, porque ya estuve el año pasado.

La chica de luto nos miraba atentamente.

—Muchas gracias, pero prefiero estar sola.

—¿Es rubio o moreno tu novio? —preguntó.



Yo me puse a mirar el vaso vacío de mi refresco, sin contestar nada. Y me divertía.

—Bueno, tengo buen perder —dijo separándose—. Pero me dejarás que te diga que eres muy guapa, ¿no? Yo creo que eso no ofende a nadie.

Levanté los ojos con simpatía.

—A nadie. Muchas gracias.

Al poco rato me levanté para irme, y, al pasar al lado de su mesa, le sonreí como si fuéramos amigos. Era rubio, muy guapo y muy joven. Seguramente no había notado mi embarazo.

A partir de ese momento, empezó a descender el día. Quiero decir que sentí cómo se precipitaba hacia su desembocadura. Di un paseo por una carretera que subía entre pinares, y llegué bastante lejos, hasta un merendero donde había muchos matrimonios. Allí me senté y vi cómo atardecía poco a poco; allí pregunté los horarios de los trenes que regresaban, y desde allí, ya casi de noche, salí para la estación. Los matrimonios habían merendado como fieras. Sardinias en lata, chorizo, tortilla y mucho vino. Estaban todos en pandilla y se daban bromas al final los maridos unos a otros, y también unos a las mujeres de los otros. Supe el nombre de todos, y me daban pena porque creían que se estaban divirtiendo muchísimo. De vez en cuando me echaban una mirada entre curiosa y compasiva.

En el tren, ya de vuelta, me volvió la atadura de Madrid, la preocupación por Lorenzo, y me parecía, al contrario de lo que me pareció al ir hacia allí, que el tren andaba despacísimo. Iba lleno hasta los topes, y, a medida que nos acercábamos a Madrid, se notaba más el ahogo, el aire denso y quieto, aumentada esta sensación por las apreturas del pasillo y por el sudor de la gente que bebía en sus botijos y botellas, sin dejar de cantar.

Salí por los andenes con la riada de todos aquellos compañeros de domingo, y tomé el Metro con ellos. Ya eran casi las once cuando llegué a mi barrio, con un nudo de desazón en la garganta. En el primer semáforo que hay, camino de casa, esta angustia por Lorenzo se hacía tan irresistible que no podía esperar y puse el pie en la calzada antes de que se apagara la luz roja. Di dos pasos.

—¡¡María!! —gritó una voz alterada, desde la otra acera—. ¡Ten cuidado!

Pasó una moto, casi rozándome, y el ocupante volvió la cara para decirme no sé qué. Retrocedí, aturdida. Miré al otro lado de la calzada y vi a Lorenzo que me hacía gestos de susto y amenaza, señalándome la luz roja, que no se acababa de apagar. Sin duda había salido a esperarme a la esquina y desde allí me había descubierto. Estaba serio y no se había afeitado. Tenía los ojos hundidos, como los de Ramón, en el sueño.

—Estás loca —me dijo, cuando llegué a su lado—, loca completamente. No sabes ni cruzar una calle. Luego quieres que me quede tranquilo contigo. No me puedo quedar nunca tranquilo, ¿cómo quieres? Te pueden pasar mil cosas cuando vas sola, atolondrada. Te ha podido matar esa moto, no sabes cómo te ha pasado.

Hablaba aceleradamente, abrazándome. Luego se separó y nos pusimos a andar hacia casa. Yo no esperé a que me preguntara nada y empecé a contarle de un tirón todo lo del viaje a la sierra después de la noche de insomnio, cómo lo había decidido de repente por la mañana y pensaba haber vuelto a mediodía, pero que se me habían ido las horas volando, no sabía cómo.

—¿Tú has estado preocupado por mí? —le pregunté con cierto regodeo.

Y entonces él se detuvo y nos miramos. Tenía los ojos con cerco; lo sabía yo cuánto habría llorado pensando lo peor, porque es pesimista; me imaginé, ahora de pronto, su tarde interminable, sus llamadas a casa de mi hermana. Sin embargo, no hizo alusión a nada de esto ni contestó a mi pregunta. Me desasosegaba sentir su mirada grave sobre mí.

—Di algo, por favor —le pedí.

—Que no eres seria, María, eso te digo —dijo tristemente—. Parece mentira que todavía no hayas aprendido a ser seria. Lo he pensado toda la tarde. Necesitas encender hogueras, dar saltos, hacer lo que sea para que uno esté pendiente de ti. No piensas más que en eso. Si no estuviéramos esperando un hijo, te diría que no volvieras conmigo, si es que te has cansado de estar en mi compañía, como me parece. También esto lo he pensado muy seriamente esta tarde, porque me agobia, me desespera, verte como te veo. Y no poder hacer nada por ti.

Le quise interrumpir con mis protestas, me apreté contra él, pero seguía serio.

—Y, aún esperando un hijo, tú sabrás —continuó—; tú dirás si lo prefieres, a pesar de todo.

—Pero si prefiero ¿qué?, ¿irme? ¿Hablas en serio?

—Irte, sí. Aún, al hijo, no le hemos visto la cara ni nos ata. Ni siquiera sabemos si va a nacer o no. Puedes tomar la decisión que quieras, y yo la tomo contigo, me hago solidario de ella desde ahora mismo. Se hará lo que tú digas. Pero que yo no tenga que volver a pasar una tarde como la de hoy.

Me eché a llorar.

—¿Cómo puedes decir que no sabemos si va a nacer o no? —estallé—. ¿Por qué lo dices? Va a nacer, claro que lo sabemos. Tiene que nacer. ¿Tú por qué has dicho eso? ¿Te ha pasado algo, has tenido algún sueño, alguna corazonada? Di, por Dios.

—Pero, mujer, qué bobadas dices, qué corazonada ni qué sueño voy a tener.

—¿Entonces?

—Nada. Lo digo porque cabe en lo posible.

—Pues no lo digas, no lo puedo oír, no lo digas. Me pongo mala sólo de pensarlo.

Lorenzo me cogió por los hombros. Andábamos pequeños trechos y nos volvíamos a detener.

—Anda, calla, no seas extremosa —dijo—. Se debe poder decir todo. Lo que sea, va a pasar igual, diga yo lo que diga. Pero deja de llorar, ¿por qué lloras?

—Habías dicho que no querías que naciese, que no lo querías —decía yo, sollozando contra su chaqueta—, dijiste que no te hacía ilusión..., y por eso lloro, porque se te ve muy bien que no te hace ilusión.

—Pero la ilusión qué es, mujer. Parece mentira que todavía no sepas a lo que queda reducida la ilusión. Había dicho que no quería más hijos, pero ahora ya eso, qué importa; háblame de cosas reales. Cuando lo vea lo aceptaré y lo querré, supongo. Y tendré miedo. Más que ahora todavía. Y procuraré que crezca, y esas cosas. Ilusión, ¿cómo la voy a tener?, ¿para qué?

—Para que yo me consuele. Para que no esté sola. No me consuelas nunca tú; todo me lo dices crudamente.

—Porque quiero que seas una mujer, que te hagas fuerte. La fuerza la tienes que buscar en ti misma, aprender tú sola a levantarte de las cosas. Si te consuelo y te compadezco y te contemplo, cada vez te vuelves más débil. Tienes que aceptar las cosas duras, cuando son duras, y no pedirme que te las haga yo ver de otro color más agradable, pero falso.

Yo ya no lloraba. Avanzamos un rato en silencio. Estábamos llegando a casa, y él me rodeaba con su brazo derecho.

—Lo que no sabía —dijo con dulzura— es que tú tuvieras tantas ganas de este hijo. ¿Tantas ganas tienes de verlo, realmente?

Me paré. Me ahogaba de emoción. Había esperado mucho esta pregunta.

—Lorenzo.

—Dime.

—Será un niño, esta vez, ¿verdad que sí? ¿Tú qué dices? Yo ya parece que le estoy viendo la cara. Un niño, es un niño, estoy segura. Lo siento, eso se siente, de la otra vez no me equivoqué.

—Olvida la otra vez —dijo—. Qué mas da lo que sea.

Nos estábamos mirando. Tropezamos con algo entre los pies.

—Señorita, haga el favor, no nos pise la casita.

Unas niñas del barrio habían pintado en el suelo con tiza varias habitaciones de una casa, y en algunas tenían cacharros y flanes de tierra. Nosotros nos habíamos metido en su casa y estábamos parados allí. Levantaban a nosotros sus ojos enfadados. Una estaba en la cocina, agachada, machacando teja, y, cuando nos salimos, vino detrás, andando con mucho cuidado entre los tabiques estrechos para no pisar raya. Nos siguió hasta la puerta.

—Ris ras —hizo, cuando cerró. Y luego, a las otras—: Era el cartero. Dos cartas había. Tome.

Seguimos en silencio, bordeando las terrazas de los bares.

—¿A ti te gusta más que sea una niña? —le pregunté a Lorenzo.

—Lo que sea, ya lo es —dijo él—, ya lo tienes ahí dentro. Yo quiero lo que sea, lo que es. No significa nada decir «quiero».

Pero yo continuaba, tercamente.

—Las niñas sufren más. Un niño, será un niño. Pablo, Marcos, Alfonso...

—No te lances, mujer. No vuelvas a lanzarte en el vacío.

—Bueno. Pero si a ti te da igual, seguro que es un niño.

—Bueno, bueno. Lo que importa, mujer, es que se te pasen estos nervios que tienes ahora, y que tengas un parto bueno. Que mires por dónde vas. No pienses ahora en nada de mañana. Ya vendrá. Vendrá todo lo que tenga que venir. Te tienes que cuidar este verano.